

mitaciones a su libertad que la de que no puede dejar de ser libre en la responsabilidad de su destino ultraterreno.»

hasta las más concretas de VALLET DE GOYTISOLO, cuando nos dice:

«Es preciso que todos, gobernantes y gobernados, sintamos la necesidad que nos compete en la conservación, mejora, restauración o reposición del orden natural querido por el Creador.»

Cuanto dejamos transcrito —quien lo lea— puede parecerle un panegírico demasiado interesado y parcial. Sin embargo, creo que si llega a sus manos el libro que comentamos, alcanzará a ver, cómo frente a cualquier apariencia, le hemos dado de él una noticia objetiva. Sin negar, por muchas razones, más que mi interés, mis afectos.

BALBINO RUBIO ROBLA.

*Paul Lesourd: EL CARDENAL MINDSZENTY,
PRIMADO DE HUNGRÍA (*)*

Si hay un hombre que personifica a la Iglesia del Silencio, éste es el cardenal Mindszenty. Silencio que comprende no sólo los años de cautiverio en las cárceles comunistas de Hungría sino que alcanza, en alguna manera, toda la etapa posterior, tanto su permanencia en la embajada de los Estados Unidos en Budapest como su exilio voluntario en Viena, del que se cumplirán próximamente dos años. El hecho no es nuevo. Ya en el momento de detención, a finales de 1948, se intentó, principalmente en Francia, quitar importancia a su persecución y martirio físico y espiritual, por unas razones que dicen muy poco en favor de quienes las esgrimieron. Por ello, todo libro que reivindique su figura debe ser acogido como una manifestación de estricta justicia y más hoy día en que una política de inciertos resultados parece jugar con la verdad.

El autor del libro que comentamos es, seguramente, una de las personas que más detalles conoce de la vida del cardenal Mindszenty y a la información inédita que aporta hay que añadir el amor con que ha tratado la figura del primado de Hungría. Paul Lesourd es profesor de la Universidad Católica de París y estuvo en contacto

(*) Ediciones Acervo, Barcelona, 1973.

con el padre Szalay, que dedicó los últimos años de su vida a la abor de dar a conocer a la opinión mundial la verdad sobre el proceso, obteniendo de él muchos datos, igual que de otros amigos íntimos del Cardenal. Lesourd, que, en 1949, era secretario general del Comité Internacional de Defensa de la Civilización Cristiana, promovió la publicación de *La verdad sobre el cardena Mindszeniy, héroe y mártir*, documento que le había remitido Monseñor José Kozi Horvath, presidente del movimiento popular cristiano húngaro. Es, pues, como hemos dicho, un especialista entregado en cuerpo y alma a esta obra de reivindicación. El libro no resulta, quizá, definitivo. Faltan las *Memorias* del Cardenal, cuya publicación parece ser inminente, y que, de no interferir problemas de autocensura, puede ser un documento fundamental para entender la historia de la Iglesia húngara y de la Iglesia universal en la postguerra. Pero, mientras, el libro de Pau Lesourd creemos que es el más detallado y veraz que se ha escrito sobre el Cardenal.

Muchos de los hechos que relata son ciertamente conocidos; el cine y la prensa se ha ocupado de ellos. Así ocurre con las etapas de su detención y cautiverio: desde su proceso y condena, pasando por su momentánea liberación cuando el levantamiento húngaro de 1956, hasta su estancia en la cárcel dorada de la embajada de los Estados Unidos, un lugar que le dejaba prácticamente aislado del mundo y, lo que era más doloroso para él, de su amado pueblo húngaro. También son conocidas, aunque no con el necesario detalle, las negociaciones entre la Santa Sede y el gobierno húngaro. Pero lo que en general se ignora es la vida del Cardenal en los años anteriores a cautiverio, es decir, su labor como sacerdote, obispo y cardenal primado. Y son precisamente estas etapas, en las que Lesourd ha insistido, las que pueden hacer comprender muchas de las cosas que han ocurrido después y, por supuesto, el odio con que los comunistas miraron siempre la figura del Primado.

Lesourd parte de un breve resumen de la historia de la Iglesia húngara que es, también, la historia de todo el pueblo magiar. En pocas naciones del mundo se da una tal identificación entre pueblo e Iglesia como en Hungría, y ello a pesar de que conviven allí, junto a los católicos, fuertes minorías de protestantes y judíos. En esta identificación no ha contado sólo la obligación de los pastores de preocuparse por sus ovejas; está también la singular doctrina política de la Corona de San Esteban que ha hecho sentirse a todos los primados, y al cardenal Mindszenty, como algo representantes y albaceas de toda la nación. Y así cuando, en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, empezaron las persecuciones contra las escuelas privadas, el Primado salió en defensa de

todas ellas, incluso de las de los protestantes y judíos, y todos se sintieron defendidos por él. Pero no hay que ver en esto una cuestión meramente humana y en la detención del Cardenal una mera lucha «política» de supremacía. Lo que se estaba defendiendo era el derecho sagrado de los padres de educar a los hijos, frente a los intentos, cada vez más insidiosos, del estado totalitario para monopolizar la enseñanza. Y esto fue la gota que hizo rebosar el vaso del odio comunista contra el Cardenal. Al detenerle se asestaba un golpe muy fuerte contra toda la Iglesia y se suprimía el mayor obstáculo que impedía la total esclavitud del pueblo húngaro. Pero esto fue sólo la excusa. El motivo real fue la negativa constante de Mindszenty en contemporizar con el ateísmo y el totalitarismo. Hay una frase suya que resume perfectamente su manera de pensar, su firmeza de carácter y su fidelidad a la doctrina perenne. En 1946, hablando de San Ambrosio, otro perseguido, dijo: «En las luchas entre los cristianos y el paganismo, no osciló. No quiso jugar la carta de la política «realista»...». Y el mismo año, en la homilía que pronunció en la consagración de un obispo, hablando de lo que el obispo debe predicar, reafirmó: «El pastor de la diócesis de Veszprem se hará eco de las verdades eternas, invariables, no alteradas por la moda... Ha de recordar continuamente que hemos sido rescatados por la sangre del Cordero y no por el oro o la plata precederos. Predicad el principio de que la nación que reniega de su pasado, que lo olvida o lo desprecia, no merece ver el futuro». Este era el lenguaje del Cardenal, en el púlpito, en las cartas pastorales y en sus discusiones con las autoridades comunistas.

De su vida pastoral queda constancia en el libro: creó numerosas parroquias, promovió la fundación de conventos, las obras de caridad y la beneficencia, impulsó las escuelas católicas, pero por encima de todo predicó. Predicó con valentía, tanto en los años de libertad como en los de persecución, alentado por una intensa vida interior, de devoción a la Virgen. Tal como dice Lesourd al final del libro, «pasará a la Historia como uno de los héroes populares de Hungría; pero es también, para nuestra época paganizada, un ejemplo de vida cristiana y de actitud intelectual, una lección de fe inquebrantable, la de los mártires; el símbolo de la fidelidad a los principios y a los juramentos prestados; la prueba de que Dios concede, a los sacerdotes de esa envergadura, la fuerza sobrehumana necesaria para superar los más crueles sufrimientos morales y físicos, cuando se muestran dignos de ello y depositan en El su confianza».

Le queda todavía al cardenal Mindszenty la última pena de no poder regresar a Hungría junto a su pueblo, tal como hubiera sido

su deseo. Pero el gobierno húngaro, temiendo su popularidad, se ha opuesto siempre a ello.

Este ha sido y es el calvario de un mártir de siglo xx, un hombre de acero a quien nada ni nadie ha podido doblegar, reflejado en un libro que resulta imprescindible para conocer no sólo la vida del Cardenal sino la de todo el pueblo húngaro en los últimos cincuenta años.

JOSÉ M.^a MUNDET GIFRE.

Alberto Boixadós: CARTAS DE VIAJE. ACERCA DE LA REALIDAD IBEROAMERICANA (1)

El libro de Boixadós es un texto para saborear y para meditar.

Por casualidad lo leí en el mismo sitio en que años antes *El silencio de Dios*, de Rafael Gamba, me había llegado tan hondamente al alma. El olor de unas lilas increíbles, que crecen sin más cuidado que el de Dios, rimaba perfectamente con el esteticismo que, impalpable también pero omnipresente, llenaban las páginas del libro. Como las del de Rafael. Pero esa luz segoviana que daba a la tierra un calor y un color de vida hasta fundirse en la nieve que aún vestía Peñalara, iluminaba en todos sus contrastes el pensamiento austero y recio, preñado de empresas y de batallas, como Castilla, de Alberto Boixadós. Y de nuevo.

«En estas soledades,
donde viven desnudas las verdades.»

reviví «El silencio de Dios» e igual que entonces me pareció, que lejos del ruido de la ciudad se hacía voz y orden y promesa.

Y que nuestra actividad de españoles ante el oscuro porvenir que amenaza a la civilización nada tenía que ver con la gesta heroica e inútil de Numancia, sino con el aliento fértil de Isabel que hinchó ras velas carabelas de la Pinta, la Niña y la Santa María hasta hermanar, en la sangre y el espíritu, a unos pueblos que han de reconquistar el mundo.

Es el libro de Alberto Boixadós más de sugerencias que de afirmaciones, más de siembra que de recolección. Y no podía ser de otro modo en días de frutos secos o emponzoñados nacidos del liberalismo y del marxismo con que se alimentó el espíritu en un trá-

(1) Editorial Areté. Buenos Aires, 1968.